

ALCANZE

AL POSTILLON DEL MERCURIO.

SATIAGO DE CHILE 5 DE SEPTIEMBRE DE 1822.

Nos preparabamos, cierto, á desplegar el mas vigoroso ataque contra el inconsiderado artículo, que en la extravagante apología que emprende de Monteagudo, envuelve una injuriosa censura de la conducta observada por los limeños, al solicitar y obtener de su gobierno la deposicion de un mandatario insolente y opresor. Oportunamente se reciben de Lima manifiestos y detalles los mas prolixos de tan marcado acontecimiento, los que demuestran la regularidad con que se condujo ese generoso pueblo, que en la delicada crisis no pudo desmentir aquella serenidad caracteristica que solo pertenece á intenciones tan puras y á sentimientos tan moderados como

los suyos. ¡Eh! Vea el postillon, si fué *pueblada,* como equivocadamente supone, el grande acto de vigor, único que podia producir un cambiamiento felíz, y que debe proclamarse la exaltacion de la justa causa ó el digno triunfo de los esfuerzos generosos del pundonor. La caida del coloso era obra de un solo dia: y esta obra debia consumarse con la dignidad propia de los libres, que han jurado preferir, mil veces, la muerte al envilecimiento. Desengañese el postillon: el dulce, el amable pueblo de Lima no es aquella única y degradada porcion del universo, á la que, á fuer de una turba de camellos, solo toca sufrir el peso con que se quiera encorvarla, sin que jamas la sea permitido el mas leve movimiento para sacudirle, y sin que á un censor tan desacordado como injusto se le antoje contemplarla parada sobre un volcan, y pronta á ser la presa de los africanos. ¡Desdichados! Ellos osaran ahora, menos que antes, salvar la barrera que saben oponer la firmeza y la virtud.

Un cumulo, pues, tan plausible de los mas victoriosos convencimientos nos retrahe del proposito de combatir rasgos hijos de la alucinacion y el paralogismo, y que se hallan autenticamente desmentidos por hechos los mas ilustres: dejando en la amarga confusion y arrepentimiento que debe excitar en el postillon el sentimiento íntimo de su precipitada lijereza, el mejor desagravio del honor y la reputacion de los limeños. Quedan,

al mismo tiempo, desagraviados los supremos gobiernos de Chile y de Buenos-Ayres, contra quienes refluye inmediatamente la censura del postillon, y los desmesurados elogios que prodiga á Monteagudo: pues, como no puede ignorar, se han tomado, por aquellas autoridades, medidas mil veces mas severas contra ese proscripto, que las que acaba de adoptar el gobierno del Perú. Y desagraviese, por último, todo este heroyco pueblo, de cuya general opinion y sentimientos, á cerca del ex-ministro de Lima, discrepa notablemente su único y singularisimo panegirista el postillon. En cuanto á lo demas, sea cual fuese el mérito del número extraordinario del republicano que tanto se deprime, y cuyo impertinente parangon se forma con los entumidos y monotonos rasgos gazetales de Monteagudo, sin hacerse cargo de que ese fué un papel dictado, en medio del tropel de los sucesos: ¿qué puede influir un accidente contra los justos créditos de que se halla en posesion la ilustrada Lima, esta capital célebre, que con sus varias producciones y periodicos, ha tenido la gloria de excitar, mucho antes de la existencia de Monteagudo, el entusiasmo y los aplausos de las naciones cultas de la Europa?

UN LIMEÑO.

IMPRENTA NACIONAL.

92-47

